

ENHORABUENA

EN LA CORONACIÓN DE UN PRÍNCIPE.

Amado pueblo mío,  
No más llanto doliente,  
Y suspende el plañir de la amargura:  
Recobra esfuerzo y brío:  
Ciñan flores tu frente  
Y vístete de gala y hermosura.  
Benevolencia pura  
Te muestra el alto cielo  
Dándote por consuelo  
Un príncipe preciado,  
Guerrero en los combates esforzado,  
Solaz al afligido,  
Padre del miserable y desvalido.

Partió de aqueste mundo  
El rey que te regía,  
Bajando de la muerte á la morada:  
Siguió gemir profundo  
Al canto de alegría,  
Y endechas á tu música acordada.  
Tu luz quedó apagada,  
Tu hermosa flor marchita,  
Rota tu margarita,  
Sin brillo tus pendones,  
Pasados de dolor los corazones,  
Tus confines con susto,  
Y de sombras cercado el solio augusto.

Intrépido guerrero,  
Fué de tu pueblo escudo,  
Grande en el mando, y en obrar ardiente;  
Con pecho y brazo entero  
Al contrario sañudo  
Hizo en el polvo sepultar la frente.

Hirió su luz fulgente  
Imperios espaciosos:  
Nunca mantuvo ociosos  
So el manto soberano  
Su planta firme y su esforzada mano;  
Reprimió la malicia,  
Y colocó en el trono la justicia.

¡Oh, cuán irreparable  
Su pérdida nos fuera,  
Si no encontrara en ti sucesor dino!  
Por manera admirable  
Tu exaltación sincera  
El hado dichosísimo previno:  
El próspero destino  
Trazó con firme dedo  
Rumbo á tus plantas nuevo:  
Al porvenir obscuro  
Sucedió clara luz con rayo puro:  
Tu nombre quedó inscrito  
Entre el número de astros infinito.

El rey del claro día  
Que tierra y mar profundo  
Rige, de los alcázares del cielo,  
Determinado había  
Que fueras en el mundo  
Hijo de rey, de reyes el modelo.  
Como en fecundo suelo  
De su semilla, hermoso  
Crece el árbol frondoso,  
De pompa coronado,  
Sobre los bosques y el florido prado;  
Así con fuerzas nuevas  
Tu estirpe gloriosísima renuevas.

Desde tu trono atiende  
Á fáciles consejos  
Que al labio dicta el corazón sencillo;

Á la verdad defiende,  
Desterrando á lo lejos  
De torpe adulación el falso brillo.  
El valor, tu caudillo;  
Tu norma, la prudencia;  
Tu madre, la experiencia  
Serán, y porque aciertes,  
Mantén la dulce paz con leyes fuertes;  
Uniendo en blando lazo  
Al pacífico pueblo en tu regazo.

Cuida con tierno empeño  
Y en su seno alimenta  
Al hijuelo, la madre cariñosa:  
Vela su dulce sueño:  
Sólo para él alienta:  
No descansa en un punto, no reposa.  
No menos oficiosa  
Tu mano excelsa y firme  
Á tu pueblo confirme;  
En perdurable vela  
Sirvele de defensa y centinela;  
Y tenlo á ti estrechado  
De contento y de bienes abastado.

Escucha ¡oh rey! mi aviso;  
Jamás flaco y cobarde  
Te entregues con molicie al abandono;  
El Dios supremo quiso  
Que el fuego que en él arde  
Incólume mantengas en el trono.  
Vive libre de encono;  
Sé firme en justa guerra:  
Los placeres destierra:  
Tus consejos preside:  
Con trabajo y labor el hambre impide;  
Y sufre con paciencia,  
En unión de tu grey, la pestilencia.

Que suele el cielo justo  
Sobre soberbio imperio  
Centellas fulminar con brazo airado,  
Trueca con ceño adusto  
Su mando en cautiverio,  
Y en oprobio su nombre celebrado.  
Ejército esforzado  
Cubre, de gentes fieras,  
Sus montes y riberas:  
La vengadora llama  
Por templos y ciudades se derrama:  
En sus campos incultos  
Yacen ¡ay! sus guerreros insepultos.

Ó bien de los nublados  
Lanza lluvia copiosa  
Al brillar de relámpagos ardientes;  
Arrastran los sembrados  
Con furia procelosa  
Hinchados y sonoros los torrentes:  
Otras veces dolientes  
Los campos, á porfía  
Luchan con la sequía;  
Ó bien el austral viento,  
Empañando los astros con su aliento,  
Hierde con soplo fiero,  
Ministro de la muerte, á un pueblo entero.

Por eso resignado  
Á Dios, y ante él rendido,  
Escucha sus palabras sacrosantas.  
No pongas descuidado  
Sus leyes en olvido;  
Y pues por él al solio te levantas,  
Humíllate á sus plantas.  
Será entonces con gloria  
Tu hermana la victoria:  
Serán tus pueblos fieles:

Coronarás tus sienes de laureles;  
Y al fin, dejando el suelo,  
Vivirás con los astros en el cielo.

CANTOS DE NETZAHUALCOYOTL.

VANIDAD DE LA GLORIA HUMANA.

Son del mundo las glorias y la fama  
Como los verdes sauces de los ríos,  
Á quienes quema repentina llama,  
Ó los despojan los inviernos fríos:  
La hacha del leñador los precipita  
O la vejez caduca los marchita.

Del monarca la púrpura preciosa  
Las injurias del tiempo no resiste;  
Es en su duración como la rosa  
Alegre al alba y á la noche triste:  
Ambas tienen en horas diferentes  
Las mismas propiedades y accidentes.

Pero, ¿qué digo yo? Graciosas flores  
Hay, que la aurora baña de rocío,  
Muertas con los primeros resplandores  
Que el sol derrama por el aire umbrío:  
Pasa en un punto su belleza vana,  
Y así pasa también la pompa humana.

¡Cuán breve y fugitivo es el reinado  
Que las flores ejercen cuando imperan!  
¡No es menos el honor alto y preciado  
Que en sí los hombres perpetuar esperan!  
Cada blasón que adquieren se convierte  
En sus manos en símbolo de muerte.

No llegar á su fin, nadie lo espere;  
La más alegre y dilatada vida  
En yerto polvo convertida muere.  
¿Ves la tierra tan ancha y extendida?  
Pues no es más que sepulcro dilatado  
Que oculta cuanto fué, cuanto ha pasado.

Pasan los claros ríos, pasan las fuentes,  
Y pasan los arroyos bullidores:  
Nunca á su origen vuelven las corrientes,  
Do entre guijas nacieron y entre flores;  
Con incesante afán y con presura  
Buscan allá en el mar su sepultura.

La hora que ya pasó rauda se aleja  
Para nunca volver, cual sombra vana;  
Y la que hora gozamos nada deja  
De su impalpable ser para mañana.  
Llena los cementerios polvo inmundo  
De reyes que mandaron en el mundo.

Y su centro de horror también encierra  
Sabios en el consejo, ya olvidados  
Héroes famosos, hijos de la guerra,  
Grandes conquistadores esforzados,  
Que dictando su ley á las naciones  
Se hicieron tributar adoraciones.

Mas su poder quedó desvanecido,  
Como el humo que espira la garganta  
De este volcán de México encendido,  
Cuando al cielo sus llamas adelanta.  
No queda más recuerdo á tanta gloria  
Que una confusa página en la historia.

¿Dónde está el poderoso, dónde el fuerte?  
¿Do la doncella púdica y gallarda?  
El césped que los cubre nos advierte  
La condición que á todos nos aguarda.

Murieron nuestros padres; moriremos:  
La muerte á nuestros hijos legaremos.

Volvamos ya la vista á esos panteones,  
Morada de pavor, lugar sombrío:  
¿Dónde están los clarísimos varones  
Que extendieron su inmenso señorío  
Por la vasta extensión de este hemisferio,  
Con leyes justas y sagrado imperio?

¿Dónde yace el guerrero poderoso  
Que los tultecas gobernó el primero?  
¿Dónde Necax, adorador piadoso  
De las deidades, con amor sincero?  
¿Dónde la reina Xiul, bella y amada?  
¿Do el postrer rey de Tula desdichada?

Nada bajo los cielos hay estable.  
¿En qué sitio los restos se reservan  
De Xolotl, tronco nuestro venerable?  
¿Do los de tantos reyes se conservan?  
De mi padre la vívida ceniza  
¿Qué lugar la distingue y eterniza?

En vano busco yo, caros amigos,  
Los restos de mis claros ascendientes;  
De mi inútil afán me sois testigos:  
Á mis preguntas tristes y dolientes  
Sólo me respondéis: nada sabemos,  
Mas que en polvo también nos tornaremos.

¿Quién es el que esto advierte y no suspira  
Por gozar de otra vida allá en la altura,  
Donde sin corrupción libre respira  
Y en eterna quietud el alma dura?  
Desprendida del cuerpo, tiende el vuelo  
Y vive con los astros en el cielo.

Es el sepulcro helado nueva cuna

Para nacer del sol á los fulgores,  
Y su tiniebla, lóbrega, importuna,  
Brillo para los astros superiores.  
En polvo la criatura convertida,  
Goza con las estrellas nueva vida.

No hay poder que trastorne de esa esfera  
Los muros y los quicios diamantinos;  
Allí el Criador su imagen reverbera:  
En ellos imprimió nuestros destinos;  
Y en ellos el mortal mira seguro  
Con ojos penetrantes lo futuro.

#### AL ÁNGEL DE LA GUARDA DE ELISA.

#### ELEGÍA.

Si ya la luz que causa mi alegría,  
Su resplandor aparta de mis ojos,  
¿Para qué quiero ver la luz del día?  
HERRERA.

Espíritu divino que en el cielo  
Gozas de Dios la vista cara á cara,  
No apartada de ti con mortal velo:  
Tú que antes que la tierra se fundara  
Y en el éter ardiesen las estrellas,  
Y el sol sus esplendores derramara;  
Entre la multitud de escuadras bellas  
De las más encumbradas jerarquías  
Siendo en esfuerzo tú primero entre ellas,  
Con blandas inspiradas melodías  
Al resonante cántico de *hosanna*  
Al Hacedor Supremo bendecías:  
¿Por qué en la tierra, entre la especie humana,  
Abandonando la morada eterna,  
Ocultabas tu esencia soberana?

Aquella inteligencia que gobierna  
Desde el cielo hasta el bátrato profundo,  
Con ley sabia y medida sempiterna,

Hízote el cerco abandonar, rotundo,  
Do con alas de fuego arrebatabas  
El sol, y descender al bajo mundo;

Y á esa diestra con que antes contrastabas  
La rebelión del cielo, y la alta frente  
Del serafín soberbio quebrantabas,

Encomendó el cuidado, diligente,  
De aquella ingenua, singular criatura,  
Que reina en mi memoria eternamente.

No alegra el cielo apetecida y pura  
Con tantos brillos la modesta aurora,  
Coronada de gloria y hermosura,

Como Elisa con voz consoladora  
Á la tierra infeliz, cuando vestida  
De inocencia y de gracia seductora,

Rompió la antigua noche ennegrecida,  
Siendo á mis ojos luminar brillante  
En las obscuras sendas de la vida.

No muestra tanto gozo el navegante  
Cuando en el polo ve segura estrella,  
Como yo si mirara su semblante.

Jamás desfalleció su lumbre bella,  
Ni de sus años en el curso claro  
Se le atrevió la sombra, indigna de ella.

¡Oh, con cuánto placer su nombre caro  
Repito, y en mi pecho su figura  
Guardo, sin que la borre el tiempo avaro!

Juntando en uno gracia y apostura,  
Á la elegancia de la forma erguida  
Enlazaba recato y compostura.

Era su boca de coral, partida,  
Rica la cabellera de oro oncosa,  
En tembladores rizos desprendida:

Animaba su faz risa amorosa,  
Era suave su mirar sereno,  
Dulce el acento de su voz graciosa.

No más galana en el verjel ameno  
Su pompa ostenta rosa purpurina,  
Ó blanco lirio de fragancia lleno.

Brillaba en ella la razón divina,  
Como en oro purísimo engastada  
Joya resplandeciente y peregrina.

De humildad y pudor acompañada,  
Revelaba su claro entendimiento  
En su angélica voz y en su mirada.

Dar pudiera á las flores con su aliento  
Aroma, al campo con sus ojos vida,  
Calma á la mar, serenidad al viento;

Y al alma, en hondas sombras abatida,  
Levantar, entre rayos de esperanza,  
Á la patria en que fuera producida.

Ella tan sólo á comprender no alcanza  
De su encumbrado mérito la alteza,  
Digna de eterna fama y alabanza;

Menos la deslumbrara su belleza,  
Que absorta en pensamientos inmortales  
Preciaba otro valor, otra grandeza.

Era en el suelo alivio de los males,  
Espíritu de paz y de alegría,  
Robado á las esferas celestiales.

No era ésta la mansión que merecía,  
Y si alguno la amó cuanto pudiera,  
Ninguno la estimó cuanto debía.

El cielo en ella presentar quisiera  
Un ejemplar, al mundo degradado,  
De la inocencia cándida primera,

Cuando el hombre tranquilo y bienhadado,  
Del polvo de la tierra producido,  
Por el soplo de Dios vivificado,

Salió de gracia y de candor vestido,  
Partiendo con su dulce compañera  
El imperio del mundo bendecido;

Cuando en no interrumpida primavera,  
Las siempre nuevas flores salpicaba  
Entre guijas el agua placentera;

Y en la espesura el ruiseñor cantaba,  
Y al impulso del viento, que suspira,  
El bosque dulcemente resonaba.

Ahora, Elisa sublimada mira  
Campos nuevos de amor, sitios mejores  
Donde el aura inmortal su labio aspira:

Do brilla con más dotes y fulgores  
Que del Edén en los jardines Eva  
Brillara al despertar entre las flores.

En no turbada vida se renueva,  
Y desnudando su belleza antigua,  
Viste con nueva luz belleza nueva:

En su cándida sien no se amortigua  
El vencedor laurel, que la corona,  
Y sus triunfos y glorias atestigua.

Deja á sus plantas la abrasada zona,  
Las alas tiende y al empíreo vuela,  
Donde sus hechos la virtud pregona.

Á sus ojos atónitos revela  
El Ángel que la guarda, los espacios  
Que el delito primero al hombre vela;

Y pone ante sus ojos los palacios  
En que á sus obras el Criador preside  
En trono de zafiros y topacios.

Con vuelo infatigable pasa y mide  
De la alba luna el círculo brillante,  
Y el centro donde el sol siempre reside.

Vuelve de allí la vista penetrante  
Al hondo abismo, y en su horror descubre  
Las rojas llamas del cometa errante.

Á un lado observa que Saturno cubre  
Su disco en medio de su anillo de oro,  
Y á Urano, que su luz al suelo encubre.

De aquí, pasando al estrellado coro  
Que llena la extensión del firmamento  
Y derrama de luz rico tesoro,

Toca de Sirio al inflamado asiento,  
Á Arturo ve, que traza breve vía  
En círculo menor, con paso lento;

Á Cinosura, entre la sombra fría  
Del Norte helado, y en el polo opuesto  
La Cruz, del Austro en la región vacía.

Y llegando ante Dios con vuelo presto,  
La frente inclina, y de su mar o toma  
Alto premio, á sus méritos dispuesto.

No más segura, cuando el sol asoma,  
En muro protector forma su nido,  
Bañada en resplandores, la paloma;

Que ella en el monte pingüe y florecido  
Monte santo de Dios, mora y recibe  
Fulgor, que no es al mundo conocido.

Vida inmortal en las alturas vive,  
Y su ínclita memoria y sus blasones  
La eternidad sobre diamante escribe.

¡Oh tú, custodio fiel! que sus acciones  
Encaminaste á Dios, y así la hiciste  
Objeto de sus dulces bendiciones;

Si la dicha inmortal la mereciste,  
Permite que conserve en su memoria  
Viva la imagen de su amante triste.

Y, pues, partió su suerte transitoria  
En la tierra con él, haz que en la altura  
Parta también su perdurable gloria.

Yo sé que de su amor y su ternura  
La llama, sobre el cielo levantada,  
Allí se ayivará con luz más pura.

Y alguna vez del llanto lastimada,  
Que á él arranca su ausencia dolorosa,  
Abreviara su vida fatigada,  
*Que alguna vez la muerte fué piadosa.*

## JERUSALÉN.

(FRAGMENTOS.)

Con lágrimas amargas contemplaba  
Aquel funesto estrago y el suspiro  
Mi lastimado pecho trabajaba:

Cuando vuelto de un éxtasis me miro,  
Al resplandor de un fósforo distante,  
Colocado en un árido retiro.

El Espíritu Eterno en un instante  
Allí me trasladó; su diestra fuerte  
Me elevó cual relámpago brillante.

¡Espantoso lugar, do se convierte  
En polvo la creación y se dilata  
El pavoroso reino de la muerte!

Una serie de rocas ciñe y ata  
De una parte sus lindes; el Mar Muerto  
Baña por otra aquella tierra ingrata.

Al extender la vista en el destierro,  
De secos esqueletos descarnados  
El infecundo suelo vi cubierto,

Y de cráneos y huesos separados,  
De sus primeros troncos divididos,  
En confuso desorden hacinados.

Nunca experimentaron mis sentidos  
Sensación más intensa de amargura,  
Ni á compasión mayor fueron movidos.

Entonces se apagó la llama pura  
Que brillaba serena y esplendente,  
Y sus alas tendió la noche oscura.

Poseído de horror bajé la frente  
Y al suelo la incliné con triste llóro:  
Después, volviendo el rostro hacia el Oriente,

Mientras á Dios en mi aflicción imploro,  
Miro escrito entre luces en el cielo  
El nombre de *Jehováh* con letras de oro.

«¡Oh tú, fuente de vida y de consuelo!  
Dije con voz rendida y fervorosa,  
¿Por qué destruyes tu obra en este suelo?

»¿Al seno de la nada tenebrosa  
Entregarás ¡oh Padre! tus hechuras,  
Trasuntos de tu ciencia portentosa?

»Muévante á compasión las penas duras  
A que nacen tus hijos condenados:  
No les niegues del todo tus dulzuras.»

En esto se agolparon mil nublados,  
Y cercaron mis ojos de repente,  
Dejándolos en sombras sepultados.

En nueva turbación cayó mi mente,  
Y en hondos pensamientos sumergida,  
Vagaba en lo pasado y lo presente.

Una lumbre de lo alto procedida  
Por la tercera vez brilló á mis ojos,  
Y una seña de paz esclarecida

Disipó de mi pecho los enojos:  
Un arcángel en medio despedía  
Resplandores clarísimos y rojos.

El firmamento eterno comprimía  
Al asentar sus plantas, y eclipsaba  
Con su luz la diadema que ceñía.

Con paso varonil se adelantaba,  
Y el profundo cristal del mar undoso  
Sus luces y sus fuegos reflejaba.

Un viejo venerable y respetuoso,  
Vestido de una túnica de lino  
Y en la mano un bastón de oro precioso,

Reverente á encontrar al ángel vino,  
Y arrodillado en tierra alzó el semblante,  
Todo arrobado en éxtasis divino.

Mudo permanecía en tal instante:  
La barba sobre el pecho le bajaba,  
Cruzados ambos brazos por delante.

El cielo de esplendores le bañaba,  
Y en posición inmóvil su figura  
Su sombra sobre el suelo proyectaba.

El ángel, descendiendo de la altura,  
Con una ascua vivísima de fuego  
Á sus labios tocó con mano pura.

El semblante inclinó radioso luego,  
Y en su seno inspiró con sacro aliento  
Un alto y divinal desasosiego.

Sobre las alas rápidas del viento  
Alzó otra vez el vuelo presuroso,  
Y allá en las nubes colocó su asiento.